

# INCERTAMEN

Premio Especial al Geditano Mejor

Clasificado

Año 1999

Hermosos ojos de vidrio  
helado

Miguel Ángel García Argüez

El aciago día en que el divino Aquiles se retiró enfadado a su campamento jurando no regresar jamás al combate, en Radio Troya había una programación especial sobre Jim Morrison y The Doors. Todos sus discos, versiones curiosas de sus canciones, poemas del rey Lagarto, biografía, anécdotas y preguntas sobre su música sonaban en todas las radios de todas las naves fondeadas en la playa. Por eso me resultó realmente curioso que, mucho tiempo después, cuando llegué jadeante ante su presencia para darle la terrible noticia, dentro de su tienda, entre los vapores opiáceos de las antorchas y el olor a perfumes exóticos, estuviese sonando en el hilo musical *The Soft Parade*, y las palabras sonoramente explícitas de Morrison flotaran con gravedad en las lentas penumbras de la tarde:

There will never be another like you.  
There will be never another who can do the things you  
do.

Oh, Will you give another chance?  
Will you try a little try?  
Please stop and you'll remember  
We were together, anyway. All right.

Tirado sobre los almohadones, bajo el dosel de líquidas gasas, rodeado de tres esclavas desnudas, el gran Aquiles, el de los pies ligeros, con los ojos plácidamente entreabiertos, se chutaba caballo con lentitud y recreo. El caballo de Troya era famoso en todos sitios. No había otro

tan bueno. Ni tan caro. Me arrodillé gimiendo a sus pies y el divino hijo de Tetis, la de espumas azules, levantó quedamente su cabeza y me miró presintiendo que algo terrible había sucedido:

-¿Qué ocurre a tus ojos enrojecidos? -me susurró- Habla raudamente. Temo que los dioses me hayan causado una desgracia cruel para mi corazón. Por qué vuelves aturrido del combate? Habla, que alguna mala nueva me traes.

Apreté los dientes y sin atreverme a mirarlo a los ojos le dije:

-¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido. El amado Patroclo, el dulce amigo del linaje de Zeus, yace muerto en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno a su cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, después de asesinarle, le ha despojado de la divina armadura dorada.

Así hablé y levanté despaciosamente la cabeza. Una furiosa tormenta, un alarido animal, estalló entonces desde lo más hondo del pecho del divino Aquiles. La bandeja de plata con la dulce jeringuilla de cristal cayó sobre el tapizado suelo. Apartó con cólera a las esclavas, que huyeron como conejillos asustados, y gritando enloquecido, cogió ceniza con ambas manos y, derramándola sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y manchó la divina túnica; después se sentó acurrucado en una esquina oscura y me pidió que le contase cómo había sido. Me lié un porro para calmar el ambiente y comencé a hablar:

-Patroclo acometió furioso a los teucros en su carro de poderosos corceles, encendido en valentía

como un dios. Tres veces atacó, como el mismísimo Ares, con arrojo y furia sin igual, infundiendo terror en las filas enemigas, hasta llegar, encendido en sangre teucra, a las mismas murallas de la ciudad. Y cuando, semejante a un titán, arremetió por cuarta vez, el terrible Febo Apolo salió a su encuentro en defensa de las filas que huían. Mas Patroclo no vio al dios y, confundido por una densa nube que Apolo tejió a su alrededor, perdió el casco que rodó bajo las ruedas.

Lacerado y dolorido, se revolcaba el divino péliba por el suelo derramando el cárdeno vino de las mesas y, dando gritos terribles, con las manos se arrancaba los cabellos.

-¡Mi casco! ¡Mi propio casco!

La verdad es que de verlo así nadie diría que acababa de meterse jaco. Yo continué:

-¡Oh, funestos hados! Jamás aquel casco, adornado con crines de caballos sagrados, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la divina y hermosa frente del divino Aquiles.

-¡Ya lo sé, desgraciado! Anda, dame una calada que me tranquilice. ¿Qué fue del casco?

-El malvado Héctor se lo llevó... Patroclo, aturdido aún de la bruma del dios, cayó del carro. Cuando, resplandeciente aún, se levantó, sintió que la lanza del dár-dano Euforbo, el aventajado picador, se clavaba dolorosamente en su hombro. Atónito y herido, desarmado en medio de la carnicería, se arrancó la lanza y se dispuso a matar a los teucros con sus propias manos desnudas,

como águila de mortales garras y deslumbrante loriga  
¡Tal era la valentía del más dulce amigo de Aquiles!

-¡Yo mismo le dejé mi armadura, regalo de los dioses, para que marchara al fiero combate a conducir a los mirmidones! ¡Él mismo me la pidió con los ojos derramando lágrimas como arroyos de una escarpada peña! ¡Manda huevos!

El resplandor de la tele panorámica sin volumen contorneaba las sombras. Emitían un concurso. Sin voz, el presentador parecía aún más ridículo tras sus gafas de concha y su sonrisa de pan de campo. El divino Aquiles se había calmado un poco y, sentado en el suelo a mi lado, daba buena cuenta de mi trocolón. Parecía que no tenía intención de devolvérmelo. Así que seguí hablando:

-Cuando el malvado Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se encontraba herido y desarmado, fue en su busca por entre las filas y, sonriendo como una hiena que ha encontrado el débil animal maltrecho que espera la muerte, le clavó con placer la afilada lanza en la parte inferior del vientre, de forma que el frío hierro pasó de parte a parte. El héroe cayó entonces con enorme estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al indómito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte, y el león vence con sus zarpas al jabalí que respira anhelante, así Héctor Priámida, el de tremolante casco, arrancó la vida al hijo esforzado de Menetio, que a tantos había dado muerte ante de votar, como el ave oscura, a las sombrías aguas del Leteo.

-Estás pesadito con las comparaciones y los epíte-

tos.

-Perdón, es por alcanzar el tono épico que las circunstancias merecen.

Suspirando con profundidad, Aquiles, el de los ligeros pies, se ventiló él solo el porro por la cara. Yo casi no había fumado, así que decidía estoicamente hacerme otro:

-¿Tienes papel, oh, hijo bronceo de la diosa Tetis, la de largas...?

-¡Sí, toma y calla de una vez!

Las esclavas habían vuelto poco a poco al comprobar que el divino hijo de Tetis estaba más calmado y recogían silenciosas los tuestos tirados por el suelo. Aquiles se mordía las uñas pensativo con sus hermosos ojos de vidrio helado fijos en la nada. Pensé que ahora o nunca. Me di cuenta de que era justo en ese momento cuando debía entrarle por derecho:

-Oh, divino Aquiles. Creo humildemente que es el momento de que regreses a la lucha. Largos han sido esos meses y terribles las bajas en las filas aqueas desde que tu cólera hacia Menelao, querido de Ares, te llevó a retirarte del combate y recluirte en tus tiendas. Ganan terreno los traidores teucros ayudados de Apolo y presienten nuestros hombres la gran derrota. Todos piensan que sólo tú, cabal pastor de hombres, puedes llevarnos a la victoria contra los esbirros del ladrón de la bella Helena. Sólo tú puedes vengar la horrenda muerte de Patroclo Menestíada y el infausto robo de tus armas. Menelao, el de la frente de toro, dispuesto se halla humil-

demente a devolverte a la hermosa Briseida, causa de vuestras disputas, en muestra de buena voluntad para que tú, oh, guerrero del delicadito talón, empuñes de nuevo tu implacable lanza para llevarnos a la flamante victoria.

Hubo un largo silencio. Los ojos de Aquiles brillaban gélidamente en la penumbra. En la tele, un concursante gordo daba saltos de alegría. Desde algún sitio, la oscura voz de Morrison susurraba insinuante a los oídos del héroe:

There will never be another like you.

There will be never another who can do the things you do.

Do you remember?

Do you stop, will you stop the pain?

Entonces, Aquiles, el de labradas armas, se levantó y fue hasta el ordenador que tenía en un rincón. Conectó vía módem con Dios sabe qué central militar, tecleó la Gran Clave Secreta y me dijo:

-Volveré al combate. Corre como Hermes, el de alas sandalias, y dile a Menelao que acepto a Briseida, que acepto sus disculpas y que voy a pedir a los Aliados que intervengan al fin. Voy a enviar la señal ahora mismo. Ya no habrá vuelta atrás.

Y mirando con sus ojos de diciembre la pantalla azul y espectral, puso el dedo sobre el botón y pronunció lentamente la imposible frase anacrónica:

-Alea jacta est.

Y pulsó. Guardó unos segundos de frío silencio y luego me pidió una caladita.

Aquella noche llegaron las fuerzas aliadas. Anclaron en el mar los grandes portaviones, desembarcaron los marines con sus cascos verdes y sus botas negras, atacaron las murallas los mortíferos helicópteros Apache y los terribles tomahawks.

Troya estaba, definitivamente, condenada.

ÁCRATA CHRISTIE